

lutamente el menor objeto. Y Dios me libre de hacer esta consideración á mi amigo, y de decirle que la presentación esa no me me ha resultado más que una fórmula molesta y engorrosa. . . . El ha cumplido una alta misión de galantería, de finura, y no comprende que eso le puede ser criticado. Por el contrario, se ofendería mucho. . . . Y no obstante, si yo no he de volver á acordarme de ese caballero, ni él de mí, ni hemos de saludarnos otra vez, probablemente, ¿me quieren ustedes decir para qué diablos nos han presentado y nos han hecho deshacernos en cortesías y cumplimientos ridículos y tontos?

Pues así lo manda Su Majestad la finura. . . . Usted está en la calle con un amigo, pasa otro y aunque tenga el infeliz mucha prisa por llegar á su destino, usted le detiene, le para, le presenta al otro, quienes no, y después que se ha complacido en fastidiarle cinco minutos, durante los cuales la víctima, aunque esté dada á los demonios, tiene que aparecer alegre y satisfecha de la presentación, usted le suelta y se siente casi orgulloso de sí mismo. Ha cumplido un alto deber de cortesía, ha dado usted un toque de distinción muy oportuno, muy distinguido. . . . ¡Es usted un hombre muy bien educado!

¿Pueden ustedes calcular el tiempo que perdemos en esas presentaciones? Si fuera posible hacer ese cálculo el asombro se pintaría en nuestros semblantes. . . . Y no

quiero decirles á ustedes nada de los que tienen la costumbre de presentarle á usted á otro y marcharse luego, dejándoles á ustedes que hablen, si pueden, y estando usted obligado, porque se le antojó así á aquel caballero á sacar una conversación interesante, y luego otra, para que no falte nunca, aunque su interlocutor se le haya sentado á usted en la boca del estómago. . . .

¡También es ocurrencia, eso de que la finura consista en fastidiar al prójimo todo lo posible!

FINOS. . . PERO GUASONES

Si, señor, que somos muy finos todos; unos porque la tierra lo da y nacen ya con la finura metida en el cuerpo y otros porque se nos pega la costumbre del medio ambiente en que vivimos.

Si durante un cuarto de hora pasa uno por delante de otro unas treinta veces cuando menos, las treinta le pedirá permiso ó perdón. Si se suena, bebe un vaso de agua, opina sobre cualquier asunto, se sienta ó se levanta, fuma, etc., no lo hará sin haber pedido permiso antes, y seguirá insistiendo en la petición hasta que se lo hayan dado. . . .

Si habla uno de su casa propia con otro, nunca dice «mi casa» sino «su casa de usted».

Nadie hace nada delante de gente, aunque sea la cosa más sencilla del mundo, sin la anuencia del interlocutor.

Si toma agua, le ofrece al otro, como si por obligación tuviesen que sentir sed los dos al mismo tiempo.

Si fuman, habrá de encender primero el otro, y como el otro quiere que encienda primero él, se pasan así dos minutos, hasta que la cerilla le quema los dedos al que la tiene en la mano, sin que todavía hayan podido dilucidar quién es el que primero enciende.

Si dos individuos van á pasar por una puerta, lucharán en finura y galantería unos dos ó tres minutos, porque ambos quieren pasar después.

Con que dos individuos se hayan hablado dos ó tres veces en su vida, basta para que no se contenten con darse la mano en el saludo, sino que se abrazarán con toda la efusión y todas las fuerzas de que son capaces, y no se besan porque la gente no les vaya á creer víctimas de alguna debilidad.

Si se saludan, el saludo tarda lo menos diez minutos. Se preguntan por la salud, después separadamente por la de cada uno de los miembros de la familia, luego hasta por la de los parientes lejanos. Después se entera cada uno de cómo pasó la noche el

otro, (aunque se haya casado en la misma semana), de si durmió bien, de si no sintió nada de particular, etc. Luego busca en los rincones de su memoria el recuerdo de la última dolencia de su interlocutor, que alguna habrá tenido, aunque fuera leve y hace mucho tiempo, y le pregunta por ella. En seguida le dice que cómo van los callos, verbigracia; y, por último, le pregunta por el estado de los negocios, todo muy rápido y seguido, sin esperar á que el otro conteste á cada pregunta, y al fin de todo esto respira satisfecho, como el que está fatigado de una labor y la ve terminada, y empiezan á hablar de cualquier asunto.

Cada uno está obligado á poner á la disposición del otro, menos la mujer y las hijas si son ya crecidas, todos los objetos y seres de su pertenencia.

Todos, en fin, nos llamamos mutuamente queridísimos amigos, adorados compañeros.

Pues después de todo esto, ¿querrán ustedes creer que somos de lo más guasones que Dios ha echado á este mundo? Pues sí señor, con toda esa finura y esa galantería nos traemos más guasa que un tenor cómico y más intención que un toro de Miura.

Ustedes habrán visto á mucha gente tomar el pelo, pero á nadie con la suavidad con que aquí lo tomamos á todo el mundo.

Cuando la guerra de Cuba, es fama que los regimientos que llegaban á poblado, después de largos días de manigua, fuesen

insurrectos ó fuesen fieles á la corona, lo primero que hacían era dirigirse galantemente á las mujeres. . . . Excuso decirles á ustedes si tendrían ganas de galantear. . . . Allí no dejaban de ser obsequiadas más que las niñas muy niñas y las viejas muy viejas. . . . Salida la tropa del pueblo, las mujeres se ponían á comentar los acontecimientos y á referir lo que les había tocado en suerte. Aquella que había caído con un blanco lo refería con cierta satisfacción y cierto orgullo, causando la admiración de las amigas menos afortunadas. Luego seguían en suerte aquellas á quienes les había tocado mulatos, que si no era el premio gordo, por lo menos venía á constituir una aproximación. Y por fin, las infelices que habían sido poseídas por negros, apenas se atrevían á hablar, sintiéndose como avergonzadas y empequeñecidas. . . . Pero no faltaba una que, á voz en grito, decía muy orgullosa:

—Pues el mío era un negro, pero era *generá*.

Pues algo parecido sucede con esto de la guasa. Le toman á uno el pelo, pero con tanta galantería y tan suavemente, que casi resulta un honor como la del *generá*, y está uno á punto de agradecerlo.

Y lo más gracioso es que todos sabemos esto y nos dejamos guasear, y sabemos que todo lo que los demás nos dicen es pura mentira, y lo admitimos y fingimos creerlo. . . .

¡Díganme ahora que esto no es guasa pura!

LOS ESPAÑOLES

I

Todavía no se ha hecho un censo completo y exacto de los habitantes de esta República ni aun de esta capital, y es de suponer que no se pueda hacer en mucho tiempo, dado el carácter de la gente del pueblo, en absoluto refractaria á todo lo que huela á gobierno ó administración como todo lo que huela á justicia y como, en fin, á cuanto sea ó signifique ingerencia del Estado en los negocios de cada individuo.

Y, naturalmente, á los extranjeros que, por sus condiciones sociales, intelectuales ó económicas están en continuo y más frecuente trato con la clase del pueblo, péga-sele la misma manía, con lo que las autoridades se ven y se desean para hacer una labor estadística que tenga alguna exactitud, siquiera no pueda ser mucha, y no obstante todos esos esfuerzos, no han podido aun sacar un censo de población del que pueda uno confiar un poco y tenerlo como guía para sus apreciaciones.

Viene todo esto á decir que, según los